

Sarmiento y la situación política de su juventud, los caudillos y Rosas

Sarmiento ansiaba un país alambrado y codificado (letrado), surcado por ferrocarriles, poblado de inmigrantes, sembrado de escuelas, vivificado por la cultura y la sangre europea, y proyectado al futuro en el ejercicio de la práctica democrática. Los caudillos en cambio, concebían otro rostro para su país, un rostro más difícil de definir, puesto que ninguno de ellos supo fijar su programa con la maestría de Sarmiento.

Tal vez, conjeturemos nosotros, soñaban con una patria donde todavía valiera el coraje y la lealtad, donde las provincias tuvieran una voz más resonante, donde se dejaran tranquilos a los pueblos en una modalidad de vida cuyos defectos y anacronismos no fueran barridos tan drásticamente. Acaso un país con olor a cuero y ganado pampa, regocijado en sus fiestas tradicionales y con un poco de ferocidad de cuando en cuando para seguir sintiéndose machos. Unos u otros tenían que desaparecer del mapa.

Los jefes bárbaros no odiaban a la “ciudad”, odiaban a Buenos Aires. O, si se quiere suavizar la cosa: odiaban al poder derivado de la posesión de la ciudad portuaria, que nunca había sido usado en provecho del interior. (Sarmiento construye una antinomia, una oposición: civilización o barbarie // ciudad o campo).

Al ubicar a los caudillos en el término rural de su antinomia, Sarmiento tenía caminada la mitad del camino en la demostración de la barbarie, la ignorancia, la rusticidad y la enemistad hacia toda forma de civilización y organización por parte de los caudillos. Lo cual era retóricamente muy efectivo pero no respondía a la realidad pues lo que nunca se esforzó Sarmiento por comprender fue esta verdad: que los caudillos eran elementos constitutivos de otra patria que no era la de él.

Quiroga dijo en 1831: “Estamos convenidos en pelear una sola vez para no pelear toda la vida... el partido feliz debe obligar al desgraciado a enterrar sus armas para siempre.” Al fin vivimos y sobrevivimos en la patria de Sarmiento, aunque la de los montoneros aparezca de tanto en tanto en la superficie, como para denunciar que aquella no es tan sólida como aparenta.

Para Sarmiento el caudillo es eminentemente provincial: lo hay porteño, santafesino, cordobés, *llanista*. Todas sus aspiraciones las encierran sus provincias, las demás son enemigas o extrañas. (Félix Luna)

Bibliografía:

- Anderson Imbert, Enrique. *Una aventura amorosa de Sarmiento*, Buenos Aires, 1968 (E.A.I.)
- Belin Sarmiento, Augusto. *Sarmiento anecdótico*. Buenos Aires, Kapelusz, 1961 (A. B. S.)
- García Hamiltón, Jose I. *Cuyano alborotador*. Buenos Aires, Sudamericana, 1997 (J. G. H.)
- González Arrilli, Bernardo. *Sarmiento*, Buenos Aires, Nobis, 1964 - (B.G.A)
- Halperín Donghi, T. *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982 (T.H.D)
- Jitrik, Noe. *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1983 (N.J.)
- Lugones, Leopoldo. *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960
- Luna, Félix *Domingo F. Sarmiento*, Buenos Aires, Planeta, 2004. - (F.L.)
- Luna, Félix. *Lucio. V. Mansilla*, Buenos Aires, Planeta, 1999 - (F.L.2)
- Luna, Félix. *Sarmiento y sus fantasmas*, Buenos Aires, Planeta, 1998 - (F.L.3)